

**art
buch
wald**

LOS CARTEROS Y LAS COMPUTADORAS

NUEVA YORK.—Muchas han sido las repercusiones de la huelga de correos. La más seria se ha debido al hecho de que, en esta era de computadoras, es difícil explicar a un cerebro electrónico lo que significa una huelga postal.

Todas las grandes empresas utilizan computadoras para realizar sus cuentas. Las máquinas revisan los pagos. Pues bien, durante una semana no pudieron hacerlo, ni enviar cuentas ni acusar recibos de pagos. Así que, al no considerarse solidarias de los funcionarios de correos, las computadoras se sintieron muy frustradas y se dedicaron a desahogarse contra las gentes que figuran inscritas en sus listas.

Estaba yo en la oficina de una de las mayores compañías que extienden tarjetas de crédito cuando el administrador trataba de explicar a las computadoras la situación.

El teletipo de una no hacía más que repetir: "¿Dónde está el dinero? ¿Dónde está el dinero?"

Otra decía: "Atención, atención. El crédito de las personas cuyo apellido comienza con la letra A a la L ha sido cancelado".

El administrador iba de un teletipo a otro ordenando que transmitieran las palabras "Rescinda esa orden", pero las computadoras seguían trabajando más rápidamente que él. Vi que una ponía: "Hay una huelga postal. No tomen decisiones hasta que termine".

La máquina de al lado respondió: "No me interesa la huelga de correos. Los que no paguen sus cuentas deben ser castigados".

El administrador corrió a otra máquina. Estaba repitiendo: "James no es recomendable, Lengel no es recomendable".

El administrador escribió el siguiente mensaje: "No llegue a ninguna conclusión mientras la huelga de correos no se solucione".

La máquina respondió: "Se está mostrando débil usted. Si no anda con ojo, terminaré por considerarle no recomendable".

El administrador se echó a llorar. "No puedo detenerlas —dijo—. Hemos entrenado las computadoras tan eficientemente que no admiten ninguna excusa. A este paso, terminarán por calificar de irresponsables a todos aquellos que tengan tarjetas de crédito. Y nos veremos obligados a cerrar el negocio".

—¿Por qué no les corta la corriente eléctrica? —sugerí.

—No solucionaría nada. Pueden trabajar con corriente auxiliar. No hay forma de pararlas.

En aquel momento, una computadora estaba imprimiendo: "Deben ser arrestadas las siguientes personas y confiscadas sus propiedades: Paine, Pace, Potter, Plunkett, Pruneau, Punter, Raskin, Robert, Roger...".

El administrador escribió: "No, de ningún modo, son inocentes".

La computadora escribió: "Quite sus sucias manos de mi tablero".

El administrador estaba pálido. Y dijo:

—No tengo disyuntiva. Tendré que apretar el botón que destruye a la computadora si quiero salvar la compañía.

—¿Es capaz de hacer volar las máquinas?

—Bueno, es que se trata de una cuestión de supervivencia: o ellas o nosotros.

Rompió un cristal en la pared y apretó un botón rojo. Hubo una explosión enorme y una gran humareda. Después de un rato conseguí ver un poco. Todas las computadoras seguían trabajando, y una comenzó a transcribir: "Como iba diciendo cuando fui interrumpida, Mayfil no es recomendable, Minion no es recomendable, Norgan no es recomendable...".

(Copyright 1970, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)

Cerdeña

DEFOLIACION A LA AMERICANA

«Estos árboles son demasiado viejos —dijo el doctor Ernesto Albertini, jefe inspector de la provincia de Nuoro, en Cerdeña—. Hay que abatirlos». Se trataba de las encinas tricentenarias del bosque de Orgosolo, el monte legendario donde hasta los propios pastores tienen que señalar el camino para poder orientarse. Echan piedrecitas blancas o hacen muescas en las cortezas de los árboles. Carabinieri y soldados han sido incapaces de encontrar en él una gruta, a pesar de haber recorrido minuciosamente el monte y de poseer las coordenadas precisas para localizarla.

En ella, los «banditi» tenían secuestrado a uno de sus «rapiti».

Doce mil hombres, miembros de las fuerzas del orden («¿qué orden? —dicen los sardos—, ¿el orden de la desigualdad?») que, desde hace dos años, «peinan» el Noroeste, no han conseguido controlar más que a treinta mil habitantes de la zona, la mayoría de los cuales son pastores y unos cuantos bandidos.

Ernesto Albertini se acordó de lo que hacen los americanos en Vietnam y, entonces, decidió arrasar el bosque tres veces centenario: no era una idea genial, pero había que tenerla.

